

hoy más que nunca la unión de todos nosotros para cumplir sus destinos en la República, recobrar el puesto de vanguardia que tiene derecho a ocupar en la democracia colombiana y seguir siendo en Colombia el hogar de la justicia política y de la corrección administrativa. Si los festejos de ahora sirven para consolidar esta unión sagrada, habremos prestado a la Patria el mejor de los servicios y el más noble de los homenajes.

“Amigo,

“J. M. YEPES”

* * *

CONCLUSIÓN

Para terminar esta desgarrada narración queremos hacer el elogio de Antioquia, cuya capital se vistió de gala en esos días inolvidables; pero no con palabras nuestras sino con aquellas tan hermosas de fray Luis de León:

“Tierra fiel, que en el no mudarse es estable y clara, que es abierta en el brotar afuera y sacar a luz sus riquezas; que es magnífica y abastecida para hacer el bien; tierra que engendra e imprime en el alma de los suyos una bondad particular y un trato verdadero y fiel, lleno de entereza y de buenas y antiguas costumbres.”

BERNARDO PUERTA G.—JUAN PALACIO B.

MEMENTO DE LOS BENEFACTORES DE MEDELLIN

Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Academia Antioqueña de Historia el 24 de noviembre de 1925, por D.

Joaquín G. Ramírez.

Al Dr. Julio César García.

“Doble honor, no merecido ni soñado, es el que me ha conferido la Academia de Historia en este día. Si lo acepté sin vacilaciones ni protestas, débese, entre otros motivos, a la obligación moral en que nos hallamos cuantos hemos contraído deudas de cancelarlas a su hora justa.

Tal es mi caso especial. El último de los recién admitidos en el seno de la docta Corporación que tan lealmente vela y defiende los intereses espirituales de la Raza, había de corresponder a esta señalada distinción, obedeciendo sus mandatos; y el vecino de la ciudad hidalga y generosa, deudor de una benévola acogida, debía aprovechar estas efemérides para expresar el íntimo agradecimiento de su alma. Puedan mis palabras adquirir méritos suficientes para llenar tan gratos deberes.

Graves y sesudos varones, fundadores de la Academia, desenterraron del injustificable olvido en que yacían los anales de la ciudad, y nos dieron a conocer todos los incidentes que se relacionan con su existencia y progreso, desde el día en que las avanzadas del Mariscal D. Jorge Robledo avistaron el mágico panorama del Valle, hasta la hora presente. De tan puras fuentes he de extraer cuanto concierne a mi intento y a los deseos de la Corporación.

Pero antes, señores, es bueno decir cuán grande es la deuda que Medellín ha contraído para con la Academia de Historia. Casi invisible en el hervir vividor de la ciudad, trabajando en el silencio de los archivos, en una labor paciente y continua de reconstrucción, es como ha realizado, desde el 3 de diciembre de 1903, el milagro de salvar del olvido los tesoros más preciosos del pueblo. Vienen a mi memoria, por una feliz asociación, nombres ilustres, honra de la sociedad y de la Patria, que fueron guías y mentores en estos laberintos del pasado. Amantes de la ciudad y factores de su cultura, se diría que sus almas asisten a esta celebración fastuosa de una fecha que ellos lograron destacar del fondo obscuro de los años, y que su presencia continúa irradiando en estos claustros benditos donde fueron animadores de ciencia y de virtud.

Manuel Uribe Angel, Alejandro Barrientos, José María Mesa Jaramillo, Alvaro Restrepo Euse, Tulio Ospina, Juanuario Henao, Francisco de P. Muñoz, Andrés Posada Arango, Bartolomé Restrepo, Rafael Uribe Uribe, Prudencio Llona, Fidel Cano, nombres destacados de la extensa lista de nuestros académicos desaparecidos, ¿son acaso extraños al honor y al progreso de Antioquia?

Cómo provoca, frente a esta galería de caracteres y cuando se evocan melancólicamente sus virtudes, traer un centenar de jóvenes de la generación que se inicia en los destinos nacionales, para que lean en sus vidas, émulas de las de los Grandes Hombres de Plutarco, cómo se educaba la voluntad para el estudio y cómo se forjaban, en las fraguas del deber, un cerebro para las ciencias y un corazón para la Patria..... !

Si la obra realizada en provecho de la ciudad por estos beneméritos patricios tiene, como ninguno podrá negarlo, una amplia y eficaz proyección en el cuadro grandioso que presenta a la hora de ahora, y si ella ha permitido que, mirando al pasado, se enfoque la visión en lejanías ideales de progreso—que ya vivimos y palpamos—entonces se justifica la existencia de Instituciones como la Academia Antioqueña de Historia, digna, no sólo de la gratitud pública, sino del apoyo y beneficio de las entidades oficiales.

Fiel a esos principios, la Academia rinde hoy un justo homenaje de admiración a la ilustre Villa en el quinto cincuentenario de su erección.

El siglo XVI inició la colonización ordenada y metódica en el Nuevo Continente. Algunos historiadores han llamado esta época de la “Segunda Conquista”, la conquista de los aventureros, durante la cual cayó por acá toda suerte de individuos, atraídos por el señuelo de los placeres auríferos y el ambiente de libertad que les permitía la impunidad de graves delitos. Tanto se ha exagerado este concepto, que no han faltado quienes afirman, con imperturbable seriedad, que la mayoría de los colonos era de procedencia dudosa y de no muy limpio crédito con la justicia. Es así como nos han pintado una sociedad dominada por los vicios y la ignorancia, mezcla de la España pintoresca de los chulos y las manolas, de las encrucijadas sombrías de Sevilla y de Toledo, de los bandidos célebres y de los galleros y caballistas. Fundan su aserto, los tales, en el ambiente que predomina en nuestros pueblos mineros—tan admirablemente descrito por el académico autor de “Tierra Virgen”—y por la ausencia de construcciones pesadas, signo de una colonización estable y culta.

Es indudable que en esto hay una leyenda histórica, o, cuando menos, una inversión de lugares y situacio-

nes. No soy yo de los que creen que todo apellido, por venir de tronco español, es sinónimo de alta y excelente alcurnia, pero ni tampoco comparto la opinión de quienes hacen proceder la sociedad colonial de escapados de penales e individuos que necesitaban poner el océano en medio de sus crímenes y los tribunales.

Durante el siglo XVI hubo en América, es cierto, una colonización heterogénea, que se distinguió por el desorden y el abuso de la libertad. Los plantadores del Brasil y de las Antillas y las compañías cosmopolitas que explotaron los valles y llanuras de Venezuela, reclutaban sus trabajadores y asociados en los puertos del viejo mundo y en los recién abiertos del nuevo. Río Janeiro, Santos, La Guaira, Cartagena, Santo Domingo, recibían continuamente multitud de emigrantes que venían a las Indias occidentales, no con el alto ideal de la conquista en la mente, ni al cinto la heroica espada que daba honor y gloria, sino a la prueba de la fortuna fácil y del logro sin preocupaciones. Era, a la verdad, la hez de los barrios populares y bajos de los puertos europeos, gentes maleantes y sin educación, que jugaban el todo porque nada perdían y no dejaban vínculos ningunos en el país de su nacimiento. Y los cultivos y las minas se vieron en poder de esos elementos, mezcla arbitraria de extranjeros que vivían en continuo desorden, derrochando las improvisadas fortunas y destruyéndose por el exceso de libertinaje.

No así en Antioquia. "El territorio antioqueño fué poblado en gran parte por individuos procedentes del Septentrión de España; recios batalladores de allá plantaron sus tiendas, ya en las arrugadas montañas donde los vientos son cordiales y frescas las aguas, ya en los valles plenos de luz y bajo el palio de un cielo azul y clemente. Bien se estuvieron en este riñón de los Andes quienes encontraron un ambiente propicio y que en mucho les mantenía vivo el recuerdo de la Patria lejana; diéronle a la nueva tierra su amor, y ella en cambio les pagó con oro y frutos. Años y siglos de callado vivir se deslizaron sin que nada alterase la calma; dueños absolutos de sí mismos y de sus haberes, los colonos eran libres; al Rey tributaban un homenaje más platónico que práctico, y no pensaban sino en Dios y en el trabajo." (1)

(1) Tomás Cadavid Restrepo: "Antioquia por Colombia."—Imp. Oficial, 1925.

Un pueblo sobrio, educado en principios de libertad y de amor a la familia, enérgico, valeroso y sufrido, se destacó del turbión aventurero y orientó su marcha hacia los horizontes antioqueños. Tal como Colón soñara, en sus horas de arrebató profético, que el sol, en el poniente de oro y escarlata, dibujaba playas y montañas, islas y cabos, continentes y ríos en el hacinamiento fastuoso de las nubes, delirio profético de un cerebro que entrevía un mundo, el pueblo que hacia estos riscos enderezó su paso, veía en las hondonadas y los valles que guardan como joyas altivos contrafuertes, el paisaje nativo y la encina frondosa, a cuya sombra el Echecojaun—su *pater familias*—administraba justicia y enseñaba a la tribu. Por eso fué Antioquia, desde los primeros días, una como feliz Arcadia, donde el trabajo y la oración rimaron el poema de su exaltación gloriosa y sorprendente.

Seguir paso a paso el firme desarrollo de esta ciudad embrujadora, que a todos abre pródiga su seno maternal, es tarea grata y dulce. Oíd lo que dicen los historiadores:

El conquistador don Gaspar de Rodas, segundo Gobernador de la provincia, obtuvo del M. I. Cabildo de la ciudad de Antioquia que se le concediera un terreno de tres leguas “cada una de 3.000 pasos de a 5 pies, y cada pie de a 15 dedos”, cuyos límites, según don Alejandro Barrientos, se extendía desde Guayabal hasta Niquía, de Norte a Sur, y de cordillera a cordillera de Oriente a Occidente. Rodas poseyó este enorme feudo hasta su muerte, ocurrida en el año de 1607, y entonces vino a poder de sus hijos María y Alonso de Rodas Carvajal. Una serie de pleitos y enajenaciones—en las cuales tuvo mucha causa el carácter vicioso y altanero del Alonso de Rodas—fraccionó el extenso patrimonio donde es fama pastaban varios miles de reses.

“En una casa pajiza, en jurisdicción del hoy Municipio de Bello, propiedad del caballero español don Bartolomé Suárez de Alarcón, natural de Guadalajara y 4º Gobernador de Antioquia, quien la había heredado de su suegro don Gaspar de Rodas, se hospedaba en 1616 el Oidor don Francisco Herrera Campuzauo, cuando

dictó el decreto para fundar a San Lorenzo de Aburrá, origen de Medellín". (1)

La naciente población se edificó en El Poblado, y tuvo por habitantes 300 indios y uno que otro español. Su primer cura fue el maestro Juan Gómez de Ureña, y se eligió como patrono a San Lorenzo, cuya imagen pidió el fundador a España, y que, dice Mesa Jaramillo, se encuentra hoy en el Templo de San José. En el año de 1646 se trasladó la población al ángulo formado por el río Aburrá y el riachuelo de Aná o Santa Elena, a causa de que en la anterior localidad, por ser Resguardo de Indígenas, no podían adquirir tierras los españoles. La iglesia, de paja, fué construída a inmediaciones del Morro del Salvador. Algunos años más tarde, merced a las gestiones del Padre Gómez de Ureña y del Gobernador Juan Bueso de Valdés, se hizo una reunión de vecinos notables, quienes dieron lo necesario, con largueza y desprendimiento que han seguido imitándose hasta hoy, y aun trabajaron personalmente, para que en poco tiempo se concluyera el primer templo de tejas edificado en el mismo lugar en donde hoy se encuentra la Catedral, que fué consagrada a Nuestra Señora de la Candelaria de Aná. "En esta humilde iglesia—escribe Mesa Jaramillo—santificaron su amor con las compañeras de su vida los primeros benefactores de esta tierra, troncos venerables de las más distinguidas familias antioqueñas, y en su recinto se abrieron también los lechos donde fueron a dormir su último sueño."

Pero la fundación de un pueblo no era suficiente para aquellos hidalgos que necesitaban de algo más para la mejor administración de justicia y recibo de los Santos Sacramentos. Entusiasmados los vecinos por el patriotismo de Gómez de Ureña y Alonso López de Restrepo, representaron al Gobernador D. Francisco Montoya y Salazar para que se erigiera la población en Villa, con el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria. El Cabildo y los vecinos de Antioquia se opusieron tenazmente a estos deseos, alegando que con la nueva erección se les despoblaría la ciudad. La petición se hizo entonces directamente a la Corte, y S. M. D^a Mariana de Austria, asistida por el Consejo que presidía D. Pedro Portocarrero y Luna, Conde de Medellín, expidió la Real Cédula de 22 de noviembre de 1674, cuya ejecu-

(1) José María Mesa Jaramillo, citado por Tomás Cadavid Restrepo.

ción correspondió al Gobernador D. Miguel de Aguinaga, en un día como hoy, hace 50 lustros, a los 59 años de su primera fundación. El Venerable Párroco, compañero y guía de aquel puñado de colonos, no tuvo el gusto de ver cumplidos sus anhelos, porque dos años y once días antes el Señor lo había llamado a su seno.

Erigida ya la Villa, con escudo propio que exornan "un castillo de oro en campo azul con dos torreonnes; encima Nuestra Señora de la Candelaria con el Niño en los brazos y una antorcha en la mano; sobre la puerta un corazón con cuarteles amarillos y azules", comenzó para los vecinos la dura tarea de crear un pueblo. Es preciso imaginar aquella época y las dificultades que habían de vencerse; el medio aislado en que se estaba, sin vías de comunicación y sin elementos de ninguna clase; un puñado de hombres de buena voluntad pero ayunos de ilustración, para apreciar en todo su mérito la obra por ellos realizada, y para compararla con lo que se ha hecho al cabo de 250 años, y para derivar cuán grande es la deuda contraída por Medellín para con todos los visionarios que han traído el confort, el progreso y las comodidades de que disfrutamos.

—

En este día y en este mes convida el espíritu a un "memento" por los que te lo dieron todo, hasta el postrer suspiro, ciudad hermosa y culta. Si te vieras, Medellín, en el azul purísimo de tu cielo, extendida en el Valle y coronando las alturas; si te fuera posible asomarte a uno de esos miradores que son los cerros, tus guardianes milenarios, cómo te enorgullecerías con justicia. ¿Y sabes, acaso, quiénes te adornaron así, qué manos te acicalaron tan aristocráticamente y qué corazones latieron por verte cada vez más culta, más hermosa y más gallarda?

Pues óye esta armonía de nombres, súmalos a los de los fundadores, escúcha lo que hicieron por ti y grábalo hondo—en los corazones de tus hijos y en las almas blancas de los que te contemplan absortos desde los bancos de la Escuela—los acontecimientos más salientes de tu vida.....

• Un día, hace de eso 140 años, vino como Visitador el Oidor D. Juan Antonio Mon y Velarde Cienfuegos y Valladares, decano de la Real Audiencia de Santafé y doctor en ambos derechos. A moción del Gobernador D.

Francisco Silvestre, quien se hallaba desesperado por las dificultades de su administración "en una Provincia que se hallaba en las últimas agonías de su ruina", y principalmente por los desmanes y calumnias de los Oficiales Reales de Antioquia, la Audiencia confió a tan integérrimo magistrado el remedio de todas las necesidades anotadas por Silvestre.

"Regenerador de Antioquia" llama D. Tulio Ospina al Oidor Mon y Velarde en un interesante estudio que publicó la Academia en septiembre de 1918 y que me sirve de guía. A fe que sobra razón para concederle tan honroso título. Cuando el Oidor llegó a la provincia se atravesaba una situación lastimosa. De la opulencia de los primeros años, obtenida por la fácil y productiva explotación de las minas, cuya riqueza se hallaba a flor de tierra, no quedaba sino el recuerdo. Los afortunados habían regresado a España a gozar de sus riquezas; los aborígenes desaparecían a causa de la avaricia de los capataces; los pueblos se hallaban en ruinas y despoblados; un manto de ignorancia cubría todas las capas sociales; el hambre reinaba por doquiera; los funcionarios públicos, ineptos y sin conciencia, defraudaban las rentas públicas y extorsionaban a los pocos vecinos pudientes, y hasta el Clero se resentía de estas corrupción y falta de gobierno, pues sus miembros, que eran de ordinario las personas más ricas e influyentes de la Provincia, embarazaban la administración, mezclándose en negocios y asuntos ajenos a su ministerio.

A todo puso ejemplar remedio el hábil gobernante, con fino tacto político, con diligencia y energía y usando de rigor con los empleados perjuros y concusionarios. Y como digno complemento de su obra, consagró toda su atención al fomento de la agricultura, a la apertura de vías de comunicación, a la instrucción pública y a la urbanización de las poblaciones. El, personalmente, adoctrinaba al pueblo. "Es cosa de alabar a Dios—dice el Dr. Jerónimo de la Calle—ver que el tal Visitador, luego que se desocupaba de los asuntos de la visita, mientras los clérigos confesaban dentro de la iglesia, sentado en un poyo del altozano, enseñaba la doctrina a aquellas pobres gentes." (1)

Medellín le es deudor de las siguientes obras:

Establecimiento de Escuelas Públicas;

(1) Citado por D. Tulio Ospina.

Fundación del Hospital de San Juan de Dios;
 Institución de una "Casa de Misericordia" para mu-
 jeres disolutas;
 Construcción de desagües subterráneos;
 Dotación de agua limpia;
 Numeración y nomenclatura de casas y calles;
 Construcción del primer puente sobre el río;
 Establecimiento de Matadero Público;
 Construcción de la Casa Capitular, que muchos de
 los que me oyen conocieron en la esquina N. O. del Par-
 que de Berrío.

Tan diligentes esfuerzos hallaron magnífica acogi-
 da entre los vecinos de la Villa. Y como el señor Mon y
 Velarde fundaba sus esperanzas en el carácter de los ha-
 bitantes, y miraba con optimismo al futuro, pudo es-
 tampar en su último informe al Virrey lo que sigue:
 "Esta Provincia, la más atrasada del Reino, llegará a
 ser algún día la más opulenta". (1) Huelgan comenta-
 rios sobre esta profecía.

Años más adelante, en plena reconquista española,
 vino como Gobernador militar D. Vicente Sánchez de
 Lima. Alarmado por la situación extraordinariamente
 precaria de la Provincia, cuyas riquezas, según datos
 constatados por D. Tomás Cadavid Restrepo en su in-
 teresante trabajo "Antioquia por Colombia", habían
 ido a defender la Independencia Nacional, en una suma
 no menor de un millón de pesos sólo hasta 1815, dictó
 importantes decretos sobre mejora de los caminos, fo-
 mento de la agricultura, instrucción pública, higiene y
 policía. Es cosa que sorprende el topar en aquella épo-
 ca de sangre, de odios, de cadalsos, confiscaciones y
 destierros, con un subalterno de Sámano, que dedique
 los cortos días de su gobierno a una labor administra-
 tiva completa, y sea modelo de mandatarios probos y
 honrados.

Establecida ya la República, Antioquia tuvo por
 Gobernante a uno de los medellinenses que más se afa-
 naron por el progreso de la ciudad, al padre y fundador
 del civismo: D. Gabriel Echeverri. La generación que es-
 tá en la madurez sabe muy bien de la obra cultural de
 este modelo de ciudadanos, y cómo ha sido justa la be-
 nemérita Sociedad de Mejoras Públicas al incluir en el

(1) Citado por D. Tulio Ospina.

programa de los festejos la inauguración de su busto en el Bosque de la Independencia.

Viene luego el Dr. Pedro Justo Berrío, el hombre símbolo, creador intuitivo, profundo psicólogo y profesor de energía. Su vida, toda, es el más bello himno a la acción, al progreso y a la tolerancia. Preguntad a cualquiera de nuestros inteligentes obreros de dónde le vienen esas maravillosas disposiciones para la obra fina y delicada, para la imitación admirable de lo extranjero y las facultades de inventiva que tiene, y os dirá que de la Escuela de Artes y Oficios. Indagad de dónde proceden el crédito de Antioquia y la honorabilidad de su gobierno, e iréis a Berrío. Para él, individuo de ideas claras y de apotegmas prácticos, toda la organización administrativa se hallaba reducida a tres palabras: Caminos y Escuelas. Por eso su nombre llena la historia de Antioquia, y su obra durará tanto como la raza pujante que la puebla y expande.

Celoso ha sido el Gobierno Antioqueño por el manejo e inversión de las Rentas Públicas. Honorabilidad en lo oficial como en lo privado, tal es el lema de nuestros hombres públicos. La palabra de Antioquia vale tanto como la de nuestro comercio.

Estas excelentes virtudes, que le han abierto un crédito amplio en el Exterior, hijas son del medio, productos son de la ciudad. Ella ha formado a sus gobernantes; y grandes son estas palabras con que un hijo suyo, al dejar la primera Magistratura, expresa el íntimo orgullo de ser ciudadano: "Desciendo a la vida privada, o más bien, paso a ella, que nunca es más alto un solio que un hogar cuando éste es limpio." O este párrafo con que un meritorio servidor de la ciudad, factor indispensable de su progreso en 20 años, dice de sus deberes: "Siento contrariedad al decir que gané dinero en cambio de servicios a mi Ciudad o a mi Patria. Yo quiero servirle no por interés sino por gusto. No hay para mí placer mayor que trabajar por el bien público. Cuando observo que una obra que tuvo mi colaboración es causa de ornato, prosperidad o mejora de la Ciudad o del País, siento una satisfacción tan intensa que por sí sola sería suficiente para estar siquiera por un momento contento de mí mismo." Y cuenta que quien así se expresa, en sus Memorias Intimas, ha ganado \$ 64 al Erario Público, por 8 días de servicio como Diputado a la Asamblea Departamental.

No es inconducente recordar aquí algunos de los acontecimientos ciudadanos que más han influido en la cultura pública, no importa que la mayor parte de estos loables esfuerzos se hayan disuelto por causas varias, quizá ajenas a la voluntad de sus iniciadores.

“El Centro Artístico” fué uno de esos sucesos culturales de hondo surco en la historia de Medellín. Nació a mediados de 1904, por iniciativa del Dr. Carlos Melguizo, y sesionó en una pieza del edificio Lalinde. Fueron miembros del Centro todos los artistas, escritores y aficionados de la ciudad. Organizó una serie de Conferencias y de lecturas, en las cuales tomaron parte D. Tulio Ospina, Dr. Gabriel Mejía, Dr. Félix Betancourt, Dr. Eduardo Zuleta, Dr. Samuel Velilla, Dr. F. A. Uribe Mejía, D. Antonio Saldarriaga, el Maestro Cano, D. Mariano Ospina V. y muchos cuyos nombres se me escapan.

Los primeros “Juegos Florales” se organizaron por el Centro en mayo de 1905. Ganaron los primeros premios, en Poesía, el Dr. Eusebio Robledo y D. Antonio J. Cano, y en Prosa, D. Henrique Gaviria I. y D. Juan de D. Vásquez.

“Alpha”, la Gran Revista que proyectó la cultura medellinense más allá de los mares, nació en marzo de 1906. Allí se publicaron las famosas Homilias del Maestro Carrasquilla y las maravillosas novelas de Pacho Rendón, y se dieron a conocer los nombres de los escritores extranjeros más ilustres, tales como Lafcadio Hearn, Kipling, Maetlerlink, Vicente Medina, Remy de Gourmont, etc., etc., acotados por el espíritu analítico y original de Saturnino Restrepo. “Alpha” fué el más loable esfuerzo artístico de Medellín; su nombre será inseparable de nuestro progreso, y sus fundadores y sostenedores dignos de la gratitud pública.

El primer pitazo de Fábrica que hizo despertar las energías industriales de Antioquia la dió la de Fósforos “Olano” en 1909.

La primera Sociedad anónima debidamente flotantizada se organizó con esta misma Compañía en 1914.

Un fracaso fué la Compañía de Autobuses, fundada en 1913 por D. Ricardo Olano. Ni la ciudad entendió la mejora, ni la construcción de las alcantarillas soportó el peso de las máquinas. Pero con todo se hizo un ensayo benéfico, se aprendió mucho y se pensó en serio en cambiar el sistema de desagües y distribución de tuberías. Y como resultado de este fracaso, que costó a su

iniciador la suma de trece mil pesos oro, tenemos hoy una moderna planta hidráulica y un servicio de vehículos más que suficiente para la ciudad.

Cuántos nombres ilustres, benefactores de la ciudad, han sido arrebatados por la muerte en los 5 lustros que mi memoria abarca. Año tras año, por ley natural, pero con implacable saña, le quita un tronco a esta maravillosa y surtida selva de productores de savia fecunda. Y el ánimo se apoca al pensar que quizá los relevos tardan en aparecer, como es lento y difícil el reemplazo de los ejemplares más robustos y finos del bosque virgen. Porque es duro decirlo, que la verdad es siempre un cauterio demasiado fuerte para el lugar enfermo, estamos tan distantes ¡ay! de aquella educación completa que pulía y facetaba el carácter y domaba las pasiones, auxiliada por el culto del hogar austero y las costumbres sencillas que fueron patrimonio de la raza. "Con dolor se evocan esos días venturosos, de los que apenas queda vaga noticia; ya ha desaparecido el tipo del patriarca montañés, de voluntad recia como sus músculos, de hábitos austeros, descalzos los pies y cubierto de la clásica ruana; que comía a las tres o cuatro de la tarde, y a las ocho bebía, después del rezo, la taza de espumoso chocolate"..... (1)

Ellos, los que pasaron a mejor vida, fueron los forjadores del progreso de esta ciudad grande y populosa, orgullo de Antioquia y esperanza de Colombia, que marcha desatentada hacia un porvenir inimaginable; que por un fenómeno de atracción, de que no están ni estuvieron exentos los centros industriales, absorbe lentamente las fuerzas vivas del Departamento; que despuebla los campos y deja solos los Distritos; que eleva, dignifica y consagra valores y hunde en la ignominia caracteres débiles; verdadero laboratorio donde se realizan las más curiosas reacciones, y centro donde la inteligencia y la voluntad ejercen el supremo dominio de la luz sobre las tinieblas.

Cómo olvidar, Medellín, a Carlos Coriolano Amador, de refinado gusto estético, que diríase un escapado de la Italia del Renacimiento, el primero que embelleció tu faz; y a Gonzalo Escobar, iniciador de la Sociedad de

(1) Tomás Cadavid Restrepo, "Antioquia por Colombia."

Mejoras Públicas (a la que tanto debes y nunca pagarás), cuya vida fué un perfecto modelo de civismo; y a Leocadio María Arango y Daniel Botero, arboricultores y jardineros, que aclimataron los más bellos ejemplares que lucen en tus parques y jardines; y a José María Gómez Angel y José Cosme Zuleta, oradores sagrados y sacerdotes ejemplares, que te dieron honra en la cátedra y en las aulas; y a Manuel José Alvarez C., el urbanizador incansable, siempre listo a contestar a tu llamado para todo servicio oneroso; y a Antonio J. Duque, Enrique Olarte y Dionisio Lalinde, arquitectos que te dieron aire de metrópoli; y a Pedro Dimas Estrada, Tomás Quevedo Alvarez y Baltasar Ochoa, médicos insignes, que aliviaron los dolores del pueblo; a Miguel Uribe Restrepo, Pedro A. Restrepo Escobar y Luis Eduardo Villegas, honra del foro; a Estanislao Gómez, José M. Facio Lince y Joaquín Emilio Gómez, educadores de la juventud, y a Fernando Restrepo, Alonso Angely Lázaro Mejía, comerciantes de alta escuela, honorables y probos; y a Juan José Molina y Manuel A. Lalinde, bibliófilos cultivados, creadores de la Biblioteca; y a Antonio J. Alvarez C., el soñador entusiasta y activo, tempranamente arrebatado a tu servicio; y a Nicanor Restrepo R. y Lucrecio Vélez, recientemente idos, y a tantos más cuyos nombres harían una lista interminable, y que forman, en todo orden de ideales, el más brillante escalafón de virtud y honorabilidad, de ciencia y trabajo.

Ni cómo hacer a un lado, a los que, procedentes de otros lugares, vinieron a honrarte: Caldas, el brazo derecho del Dictador Corral en época de movimiento patriótico; Mariano Ospina Rodríguez, el sabio; Jorge Isaacs, tu cantor inimitable; Rafael M. Giraldo Viana y Abraham Moreno, patriarcas; Joaquín Pardo Vergara, el primer Arzobispo; Gutiérrez González, el vate de la raza; el Padre Céspedes, Cura de Belén, naturalista modesto, amigo de Caldas; Ramón Martínez Benítez y Juan Pablo Restrepo, modelos de jueces; Marco A. Ochoa, Miguel Jaramillo Chórem y Alejandro Vásquez, los maestros abnegados; José M. Villa, el matemático profundo; Francisco Javier Cisneros, Fabriciano Botero y Arturo Acebedo, factores decisivos en la obra de tu Ferrocarril; Marcia Escobar, benefactora insigne, cuya obra es la caridad misma, y mil más que tú has acogido con amor de madre y que te han pagado con cariño filial. Esos nombres, con los de Zea y los

Restrepos, del Corral y de la Calle, Simona Duque y Josefa Romero, Girardot y Córdoba, Liborio Mejía, Juan de D. Aranzazu y Juan de D. Morales, José María Salazar y Jorge Ramón de Posada, te servirán para formar la más bella, la más completa galería de hombres ilustres de que puede ufanarse, no digo una ciudad, un pueblo y una raza, brillante desfile que espera un Smiles colombiano.

Plegue al Cielo, opulenta ciudad, que nunca falten en tu cielo astros de tamaña magnitud, ni que se vaya a secar la pura fuente de virtudes y energías que te ha dado un puesto de honor en el concierto nacional; sino que perdure la limpieza de tus blasones y el prístino brillo de tus ejecutorias, para que siga cumpliéndose, por los siglos de los siglos, el vaticinio de Isaacs:

“Y tus colonos van de cumbre en cumbre—Al septentrión y al Sur,—Segando vastas selvas bajo el dosel de nubes:—Vigor es su derecho, y su arma la segur.”

MI SALUDO A MEDELLIN

En un como descanso y recodo del agrio camino que, en franca dirección de Occidente a Oriente, comunicaba las dos clásicas ciudades coloniales de “la Provincia”: Antioquia, la capital aristocrática y rica, tendida, en reposo hierático, en la más ardiente ladera de esa parte del Cauca, y adormecida por el calor y la inercia, y Rio-negro, mesurado y eglógico centro social, comercial y minero, surgido en bien escogido lugar de la meseta alta, fresca y sana, donde nacen y crecen las limpias aguas que juntas hacen el río Nare, se fué formando con el correr de los años y al influjo de las mansas corrientes de intercambio y sociabilidad de un vivir apacible y rutinerio, en pleno valle del río Aburrá—que es el mismo Porce—por cierto insuperablemente hermoso y pintoresco, región escasamente habitada por poblaciones de ninguna importancia y no poco distantes entre sí, un mísero caserío en el centro de tierras de pan llevar y abundante en aluviones